

DR. AMIT GOSWAMI

La física del alma

El libro cuántico de la vida, la muerte, la reencarnación y la inmortalidad
Por el gran protagonista de la película ¿Y tú qué sabes!?

*«...una de las mentes más brillantes
del mundo de la ciencia.»*

Deepak Chopra



EDICIONES OBELISCO

Prefacio

Los problemas que planteaba la idea de la reencarnación están resueltos. ¿Está usted interesado?

Los filósofos han tropezado siempre con la hipótesis de la reencarnación porque no podían ver el modo de responder a una pregunta crítica: ¿qué es lo que transmigra de un cuerpo encarnado a otro, de manera que se pueda decir que estos cuerpos forman una continuidad, y cómo se lleva a cabo esto? La respuesta popular a la trasmigración del alma no era lo suficientemente astuta porque llevaba implícito el dualismo: ¿cómo interactúa el alma, que no es material, con el cuerpo físico?

La respuesta que se da en este libro a estas preguntas (una respuesta basada en la física cuántica) es satisfactoria tanto científica como filosóficamente. ¿Acaso la reencarnación puede ser verdaderamente científica?, se pregunte tal vez usted. Pues sí, puede ser verdaderamente científica, como voy a demostrar en este libro. Si ponemos en su sitio el esquema reencarnacionista dentro de la ciencia del ser humano, también podremos abordar de un modo inteligente el tema de la búsqueda de la inmortalidad, que tanto ha excitado la imaginación de los seres humanos. Incluso el fenómeno de los ovnis comienza a tomar algún sentido científico, como podrá ver.

La ciencia convencional se fundamenta en la idea de que la materia es el bloque de construcción de todas las cosas. Según esto, vida, mente y consciencia no serían más que meros epifenómenos (fenómenos secundarios) de la materia. Desde este punto de vista, la muerte termina con todos los epifenómenos que se manifiestan en los seres vivos. (Sin embargo, resulta revelador que los modelos materialistas

hayan sido particularmente infructuosos a la hora de desarrollar modelos satisfactorios sobre la aparición de la vida, y mucho menos de la mente y la consciencia, en la materia.) La cuestión de la reencarnación no tiene, obviamente, ningún sentido desde este punto de vista.

Sin embargo, la mitad de la población mundial cree en religiones que sustentan la idea de la reencarnación. Pero aún resulta más convincente el hecho de que los datos científicos que se ofrecen desde distintas áreas parecen apoyar los modelos reencarnacionistas de estas religiones. En muchas culturas, existen libros de los muertos en los que se habla del viaje del alma más allá de la muerte. Entre estos libros, uno de los más famosos es el de la cultura tibetana, el llamado *Libro tibetano de los muertos*. Las personas que han vuelto de los umbrales de la muerte describen sus experiencias en términos sorprendentemente similares a los de *El libro tibetano de los muertos*. También existen muchos datos, muy bien corroborados, que validan la memoria reencarnacional. El popular, aunque controvertido, fenómeno de la canalización ha recibido un considerable apoyo científico. El fenómeno de los guías espirituales y de los ángeles que experimentan muchas personas, incluso dentro de la cultura científica, ha sido tema de libros y de programas de televisión de gran éxito.

Aunque los científicos convencionales desestiman la mayor parte de estos nuevos datos como subjetivos o incluso fraudulentos, lo cierto es que representan verdaderas anomalías para el paradigma materialista, debido a que, si estas cosas son ciertas, el argumento materialista de que «no existe nada salvo la materia» resultaría falso. De hecho, la reencarnación y las experiencias cercanas a la muerte no son los únicos fenómenos anómalos para la ciencia materialista. Sus límites están siendo puestos a prueba desde distintos frentes. Hay problemas de «signos de puntuación» en la evolución biológica, problemas que Steven Gould ha popularizado; existen problemas de morfogénesis biológica sobre los que Rupert Sheldrake ha llamado la atención; también están los problemas que plantea la sanación mente-cuerpo, sobre los cuales han escrito ampliamente luminarias como Deepak Chopra y Larry Dossey. También están las anomalías de la percepción extrasensorial, e incluso de la percepción normal. Y tanto la creativi-

dad como la espiritualidad deben contemplarse como fenómenos anómalos dentro del paradigma materialista. Pero, muy especialmente, tenemos las anomalías de la misma física, los de la física cuántica, que han sido objeto de muchos libros recientemente.

La nueva ciencia de la reencarnación es uno de los brotes de un nuevo paradigma, el de una ciencia dentro de la primacía de la consciencia, que se viene desarrollando desde hace algún tiempo. En un libro mío reciente, *The Self-Aware Universe: How Consciousness Creates the Material World*,¹ se esboza el modo en que todas las paradojas y las anomalías de la física cuántica se pueden resolver si basamos la ciencia en la suposición metafísica de que la consciencia, y no la materia, es el fundamento de todo ser. En un libro posterior, *The Physicist's View of Nature, vol. II: The Quantum Revolution*,² he demostrado de qué modo se puede ampliar el nuevo paradigma de la ciencia (que yo llamo ciencia dentro de la consciencia, o ciencia idealista) para explicar no sólo las anomalías de la psicología (tanto la normal como la paranormal), sino también las de la biología, la ciencia cognitiva y la medicina mente-cuerpo. Este nuevo paradigma integra también la ciencia con la espiritualidad, que es el tema de mi libro *The Visionary Window: A Quantum Physicist's Guide to Enlightenment*.³ En el presente libro, profundizaré y ampliaré la nueva ciencia para incorporar la supervivencia tras la muerte, la reencarnación y la inmortalidad.

La verdad es que comencé mis investigaciones sobre *La física del alma* casi inmediatamente después de que se publicara *The Self-Aware Universe*, y todo aquello de lo que daba cuenta en mis posteriores libros surgió de esta investigación. Este libro estuvo a punto de publicarse prematuramente, en 1997, pero ahora me alegro de que no fuera así. Posteriormente, lo que demoró la publicación de *La física del alma* fue la intrigante cuestión de la resurrección y la inmortalidad. Y sólo estuve preparado para publicar el libro que tiene usted en sus manos

1 *El universo autoconsciente: cómo crea la consciencia el mundo material.*

2 *El punto de vista del físico acerca de la naturaleza, vol. II: la revolución cuántica.*

3 *La ventana visionaria: guía para la iluminación de un físico cuántico.*

cuando me llegó la inspiración relativa a la física de la inmortalidad. De cualquier modo, compartiré con usted todas las historias que me llevaron a las ideas e inspiraciones que tuve.

¿Existe un alma capaz de sobrevivir a la muerte y de transmigrar de un cuerpo a otro? Demostraré que cuando las ideas cuánticas se introducen en nuestro modelo de la consciencia en el contexto de la ciencia idealista, aparece una entidad similar al alma (yo la llamo *mónada cuántica*) que media en la reencarnación. Si la reencarnación es científica, ¿cómo deberíamos vivir y morir? Hago un examen de las consecuencias que la nueva ciencia de la reencarnación puede tener sobre nuestra visión del mundo, sobre cómo morimos y cómo vivimos, y sobre cómo deberíamos contemplar nuestra búsqueda de la inmortalidad. ¿Acaso podemos desarrollar una física de la inmortalidad? Sí, sí que podemos, aunque algunos aspectos de esta física precisarán de décadas, quizás incluso de siglos, para verificarse experimentalmente y manifestarse evolutivamente. Y, sin embargo, sugiero que podemos aventurarnos en tal empresa a partir de algunos datos controvertidos que tenemos desde hace muchas décadas: los datos de los OVNIS.

Llevo escribiendo este libro desde 1994, y han sido muchas las personas que han contribuido en su elaboración. Las numerosas conversaciones mantenidas con mi teosófico amigo Hugh Harrison fueron cruciales, así como las charlas con filósofos como Robert Tompkins y Kirsten Larsen. Durante algún tiempo, Hugh, Kirsten, Robert y yo mantuvimos un grupo de debate sobre estos temas, actividad que supuso una considerable ayuda. También fueron sumamente valiosas las discusiones sostenidas con luminarias de este campo como Stan Grof, Satwant Pasricha y Kenneth Ring. Y, recientemente, me he beneficiado mucho de las conversaciones con la psiquiatra Uma Goswami y el místico y filósofo Swami Swaroopananda. Estoy sumamente agradecido a todos.

También deseo expresar mi agradecimiento a la Infinity Foundation, a Rajiv Malhotra y Barbara Stewart por el apoyo prestado durante parte del tiempo que dediqué a escribir este libro. Por último, me gustaría dar las gracias al personal de la editorial Hampton Roads, por cuidar de todos los detalles de esta publicación.

De la muerte a la inmortalidad

¿Qué es la muerte? Ésta es una pregunta que parece fácil de responder. La muerte es cuando termina la vida; es el cese de la vida. Pero ¿sabemos qué es la vida? ¿Sabemos lo que significa cesar? Estas preguntas no son tan fáciles de responder, al menos desde la ciencia.

La mayoría de las personas están poco interesadas en las definiciones científicas de la vida y la muerte. En 1993, después de publicar un libro en el que proponía un nuevo paradigma científico sobre la naturaleza de la realidad, una ciencia basada en la primacía de la consciencia, me llamaron para que interviniera en un programa de radio. La primera pregunta que me hicieron no fue sobre la naturaleza de la realidad ni sobre la consciencia. La primera pregunta fue: ¿existe vida después de la muerte? Al principio, me pilló por sorpresa; pero luego me di cuenta de que ésta es la pregunta clave acerca de la realidad para muchas personas.

Hasta los niños quieren saber si existe vida después de la muerte. En una carta dirigida a Dios, un niño escribió: «Querido Dios, ¿qué ocurre cuando nos morimos? Yo no quiero morirme. Sólo quiero saber qué aspecto tiene eso».

¿Qué ocurre después de la muerte? En el pasado, ésta era una pregunta que le habría llevado a usted hasta el sacerdote de su barrio, hasta el pastor, el gurú, el mulah, el rabino, el maestro zen o el cha-

mán. No se consideraba en modo alguno una pregunta que pudiera formularse la ciencia. La ciencia de aquellos días se ocupaba de los aspectos terrenales del mundo; la religión era la fuente de respuestas para aquellas preguntas que importaban de un modo más íntimo a las personas: cómo vivir la vida, qué ocurre tras la muerte, cómo conocer a Dios y demás.

Pero no siempre se obtenían respuestas. Un discípulo zen fue a su maestro y le preguntó:

—¿Qué ocurre después de la muerte?

A lo que el maestro respondió:

—No lo sé.

El discípulo se sorprendió muchísimo.

—¡Pero si es usted un maestro! —protestó.

—Sí, pero no soy un maestro muerto —fue la respuesta.

Sin embargo, los gurús de las distintas religiones no solían vacilar tanto a la hora de ofrecer respuestas. Y las respuestas, en su mayor parte, eran simples (al menos, las de las religiones organizadas). Dios es el emperador máximo del mundo, un mundo que está dividido entre el bien y el mal. Si tú perteneces al bien, irás al Cielo después de la muerte, un lugar de paz y de alegría ciertamente deseable. Si, por el contrario, sigues el mal, la muerte te arrojará al Infierno, donde te consumirás en el fuego, entre sufrimientos. El mensaje de la religión era «sé bueno». Y si el ser bueno no tiene su recompensa aquí en la Tierra, te será recompensado tras la muerte. Pero, ¡ay!, en esta sofisticada era científica, este tipo de respuestas ya no satisface a nadie.

¿Quiere eso decir que en este libro se le van a dar respuestas sofisticadas y satisfactorias? Espero que sí. Las respuestas se basan en una nueva física denominada «cuántica», una física que, cuando se arraiga en la filosofía de la primacía de la consciencia, nos proporciona una ventana con visión de futuro a través de la cual corren los vendavales de las nuevas respuestas a estas antiquísimas preguntas. Las preguntas y las respuestas referentes a lo que sucede tras la muerte no son más que los últimos descubrimientos de esta nueva ciencia. Pero siga leyendo.

¿Qué sobrevive?

¿Quién es usted después de la muerte? Evidentemente, el usted de después de la muerte no puede ser una entidad física o corpórea, de ahí que la idea de un alma incorpórea sea tan popular. A usted, como a todo el mundo, le han dicho que es su alma lo que sobrevive a la muerte del cuerpo; y que, después de la muerte, el alma va bien al Cielo o bien al Infierno, en función de cómo le vaya en el día del juicio.

Las imágenes que se forjan muchas personas acerca de lo que esperan que sea el Cielo indican que, hasta en el Cielo, esas personas esperan mantener sus egos intactos, como en las películas de Hollywood. Para ellas, el ego es el alma. Sin embargo, se pueden plantear muchas objeciones a esta creencia.

¿Cómo obtenemos nuestra identidad-ego? Evidentemente, nuestro ego se conforma a partir de las experiencias que tenemos a medida que crecemos. Los recuerdos de estas experiencias se preservan probablemente en el cerebro físico. Pero, por otra parte, las experiencias (educación), por sí solas, no conforman la totalidad del desarrollo del ego; parece lógico que nuestra dotación genética (naturaleza) también juegue algún papel. Pero tanto la genética como los recuerdos cerebrales son físicos. Con el fallecimiento del cuerpo y la consiguiente descomposición de estos recuerdos físicos, ¿podrá seguir funcionando el ego?

Otro argumento en contra de la idea de que el alma es el ego lo ha planteado el psicólogo Charles Tart. Tart (1990) señala que el cuerpo y el cerebro constituyen influencias estabilizadoras para nuestra identidad. En los sueños, por ejemplo, perdemos la conciencia de nuestro cuerpo físico, y mire usted lo que ocurre. Nuestra identidad puede cambiar de un cuerpo onírico a otro durante el sueño en muchas ocasiones; no hay mucha estabilidad en aquello con lo que nos identificamos. Algo parecido ocurre con la privación sensorial y las llamadas drogas psicodélicas. La identidad-ego estable, normal, que experimentamos durante nuestra conciencia despierta, desaparece en estos estados alterados de la consciencia. Tart cree que esto podría ser un indicio de lo que podría venir a ser el estado alterado de la consciencia que

alcanzamos después de la muerte, a menos que haya otros tipos de procesos de estabilización de los que aún no sabemos nada.

Así pues, la naturaleza del alma, la naturaleza de lo que sobrevive a la muerte, es una cuestión difícil y controvertida. Pero aún resulta más controvertida, incluso más desconcertante, cuando ponderamos las imágenes de un continuo (la vida y la muerte como un continuo) de muchas culturas. No sólo es que algo sobrevive a la muerte, sino que ese algo regresa en otro cuerpo con otro nacimiento, y el proceso se repite una y otra vez.

La reencarnación

La idea de que el alma sobrevive en el Cielo o en el Infierno tras la muerte es, más o menos, la idea popular de las culturas judeocristianas. Otras culturas lo ven de un modo diferente. A veces (por ejemplo, en el Islam), las diferencias son menores. Pero hay ocasiones en que las diferencias en el punto de vista de la realidad existente tras la muerte son bastante radicales. Los hindúes en la India, los budistas en el Tíbet y en otros muchos lugares (si bien en el budismo el concepto de alma es muy sutil), y muchas personas de ascendencia china y japonesa, incluso fuera del budismo, creen en el alma, en el Cielo y en el Infierno; pero, para ellos, la permanencia en el Cielo o el Infierno no es más que el comienzo del viaje. En estas culturas, el Cielo y el Infierno son residencias temporales, tras lo cual el alma tiene que volver de nuevo a la Tierra. El tiempo de estancia en tu Cielo o tu Infierno temporal dependerá de tu karma, un concepto de causa y efecto que comprende un libro mayor del bien y del mal, pero con una importante diferencia.

Si haces el bien acumulas buen karma, y las malas acciones acumulan un mal karma en tu libro mayor kármico, al igual que ocurre en el cristianismo. El mal karma es algo inoportuno, claro está; por ejemplo, muchos chinos creen que si sus actos en la Tierra son realmente malos, nacerán como ratas, o incluso como gusanos, en la próxima vida. Pero ni siquiera el buen karma impide que la rueda siga

girando. Por mucho buen karma que acumules, no vas a poder quedarte en la celeste perfección para siempre, pues tendrás que volver a la terrenal imperfección. De este modo, se introduce la sutil idea de que ni siquiera un buen karma es lo suficientemente bueno. Aun así, uno permanece ligado a la rueda del karma, al ciclo periódico de reencarnaciones. Y la rueda kármica se contempla como aquello que da impulso al vehículo del sufrimiento.

¿Qué puede haber mejor que acumular buen karma, que hacer el bien en todas las acciones y experiencias en la Tierra? La idea que tienen los hindúes y los budistas es que existe una manera de vivir óptima y perfecta, una manera de vivir que, cuando se descubre, le libera a uno de la rueda del karma. Los hindúes llaman a esta consecución máxima *moksha*, que literalmente significa liberación; y los budistas lo llaman *nirvana*, que se traduce literalmente como extinción de la llama del deseo.

Podemos echar mano de la filosofía para explicar las diferencias entre el punto de vista judeocristiano y el punto de vista hindú/budista sobre lo que ocurre tras la muerte. En una de estas filosofías, el modelo específico de realidad tras la muerte que una cultura desarrolla depende de si la cultura es materialmente rica o pobre. El propósito de la religión consiste en seducir a la gente para que viva según el bien, en lugar de según el mal. Si la cultura es materialmente pobre, la gente vive con la esperanza de disfrutar de una buena vida tras la muerte. Si aceptan la idea de la reencarnación, no dudarán en ser malos de vez en cuando y en asumir el riesgo de un infierno temporal. Siempre le queda a uno la siguiente vida para ser bueno. De ahí que la idea de un infierno eterno sea importante para mantener a la gente a raya; ellos ya conocen el infierno, no quieren pasarse la eternidad en él. En cambio, en las sociedades acomodadas, la idea de la reencarnación puede arraigar mejor.

En las sociedades ricas, la gente vive en un sistema de clases en el cual la mayoría de las personas son de clase media. Si es usted una persona de clase media, lo peor que le puede ocurrir es convertirse en pobre. De ahí que funcione la amenaza de la reencarnación, dado que un mal karma no sólo trae consigo el infierno, sino también una forma de vida menor (en una clase más baja, por ejemplo) en la siguiente

encarnación. Éste era el caso con el sistema de castas hindú en la rica India de la Antigüedad, que es donde floreció la idea de la reencarnación. Pero es algo que está cambiando ahora en la India; la mayoría de las personas son ahora pobres, y la idea de la reencarnación ya no es tan popular. Por otra parte, las sociedades occidentales actuales, que viven en una opulencia creciente, se están haciendo cada vez más clasistas. Y no es de sorprender que la idea de la reencarnación esté prendiendo bien ahora en estas sociedades.

Tiene sentido. En Post-mortem 100, tú aprendes los conceptos básicos: Dios, el bien y el mal, el cielo y el infierno. En Post-mortem 300, captas la idea de la reencarnación, la rueda del karma. Ahí planteas preguntas que ni se te ocurrirían en el curso del nivel cien. Si existe la vida después de la muerte, ¿por qué no va a haber vida antes de la vida? ¿Por qué le pasan cosas malas a la gente buena? Y la mejor de todas: ¿cómo un Dios verdaderamente justo y benévolo no le va a dar a todo el mundo una buena vida en el Cielo?

Comparado con los cursos de nivel 100 y 300, la idea de la liberación vendría a ser un curso de graduado de nivel 500. Sólo puedes entrar en este curso después de haberte permitido el lujo de disfrutar de un montón de «karma-cola». Entrás en él cuando te haces preguntas acerca de la verdadera naturaleza de la realidad y de tu conexión con ella, cuando intuyes que tú, el mundo y Dios no están separados, y no son independientes unos de otros. Entrás en él cuando todo el mundo de seres sintientes se convierte en tu familia, y quieres servir a tu familia de una forma novedosa.

El filósofo Michael Grosso ha dicho del reciente aumento de interés por la reencarnación en el mundo occidental que es «la formación espontánea de un mito de reencarnación», pero en realidad se trata de algo más que de la formación de un mito. Yo creo que hemos aprobado en masa, pasando del Post-mortem 100 hasta el Post-mortem 300. Y algunos de nosotros ya estamos ponderando la posibilidad de hacer el curso de graduado.

¿Cuándo tiene lugar la transición al curso del siguiente nivel? El filósofo Alan Watts lo explicó muy bien. Para Watts (1962), la rueda del karma se parece mucho a estar en un carnaval. En el principio,

desde tu punto de vista de alma, te arriesgas menos. Te aferras a la buena vida cuando reencarnas. Es después cuando te das cuenta de que existen mayores oportunidades de aprendizaje en la asunción de riesgos, naciendo pobre pero virtuoso, o viviendo una vida llena de baches pero creativa. Sin embargo, incluso entonces, el peor de los sufrimientos, el aburrimiento, se apodera de ti; la idea de estar inmerso eternamente en la rueda kármica se nos hace aterradora a todos más pronto o más tarde. El cineasta Woody Allen, en *Hannah y sus hermanas*, capta a la perfección este sentimiento:

...Nietzsche, con su teoría de la repetición eterna. Él decía que la vida que vivimos la vamos a vivir una y otra vez, exactamente de la misma manera, hasta la eternidad. Estupendo. Eso significa que tendré que aguantar *Ice Capades* una y otra vez hasta el final. No vale la pena.⁴

(Citado en Fischer, 1993)

Cuando nos sentimos de este modo es cuando puede que nos interese-mos por la idea de la liberación.

Observe que tanto la idea cristiana de la eternidad en el cielo como la idea oriental de la liberación se refieren, en esencia, a una escena que, ciertamente, podríamos denominar como inmortalidad del alma (no más nacimientos, no más muerte). La primera idea (la del cielo) no es más que una versión simplificada de la segunda idea, que dice cómo llegamos allí (es decir, la primera idea omite los pasos intermedios).

De modo que no crea que las ideas sobre la reencarnación son del todo orientales, ni tampoco que ha sido recientemente cuando se han importado a Occidente. La reencarnación era una idea aceptada del judaísmo en el que nació Jesús. Muchos expertos sostienen que, antes del 553 d.C., el cristianismo también aceptó la idea de la reencarnación. Se dice que, aquel año, el quinto Concilio Ecuménico promulgó

4 *Ice Capades* es un espectáculo de patinaje sobre hielo que lleva muchos años en la cartelera de espectáculos de Estados Unidos. (N. del T.)

un decreto en contra de la idea de que las almas reencarnaran, aunque otros expertos creen que aquel concilio jamás promulgó oficialmente tal decreto. (Para profundizar en el tema, véase Bache, 1991, y MacGregor, 1978.)

Muchos expertos creen también que la división acerca de la reencarnación en Occidente no es una división entre Oriente y Occidente, sino entre los hilos esotéricos y los exotéricos de las religiones occidentales. La reencarnación es una idea aceptada por los sufíes, la rama esotérica del Islam. El hasidismo judío sustenta la reencarnación, al igual que los gnósticos y otras tradiciones místicas del cristianismo (Bache, 1991; Cranston y Williams, 1984).

La idea de la reencarnación aparece frecuentemente en el pensamiento occidental fuera de cualquier contexto religioso. Comenzando por Pitágoras y Platón, personas como David Hume, Ralph Waldo Emerson, Henry Thoreau, Benjamin Franklin, J. W. von Goethe, creían en la reencarnación. Goethe escribió:

*El alma del hombre es como el agua;
del Cielo vino,
al Cielo se elevó,
y después retornará a la Tierra,
alternando por siempre jamás.*

(De *Song of the Spirits over the Waters*,⁵ citado en Viney, 1993)

Y Franklin escribió para su propio epitafio, cuando sólo contaba veintidós años:

*El cuerpo de B. Franklin,
Impresor,

como la cubierta de un viejo libro,
sus contenidos desgarrados*

5 Canción de los espíritus sobre las aguas.

y
despojados de sus letras y sus adornos,
yace aquí,
alimento de gusanos,
pero la Obra no se perderá,
pues, como él creyó,
aparecerá una vez más
en una nueva y más elegante edición
revisada y corregida
por el Autor.

(Citado en Cranston y Williams, 1984)

El movimiento teosófico, en el cual la reencarnación es una doctrina básica, prendió rápidamente en Occidente durante el siglo XIX debido a que la semilla para aceptar la reencarnación se encontraba ya aquí. Más recientemente, las encuestas de opinión pública indican que un número sustancial de occidentales, quizás hasta un 25 por 100, cree en la reencarnación (Gallup, 1982). El filósofo C. J. Ducass mantenía que «la creencia en la continuidad de la vida se origina [en los niños] de forma completamente espontánea». Los datos de los que disponemos sobre memoria reencarnacional demuestran que existen actualmente muchos de estos casos en el mundo occidental (Stevenson, 1974). Si la reencarnación no es un tema cultural, si es universal, será entonces natural preguntarse si esta idea es científica.

¿Son la supervivencia post mortem y la reencarnación ideas científicas?

¿Acaso algo de todo esto tiene sentido bajo el escrutinio científico de nuestra época? Hace varias décadas, la respuesta habría sido necesariamente un no contundente, pero las cosas ya no son así. Una de las principales razones para este cambio son los datos, datos ciertamente buenos. Me he referido arriba a los datos relativos a la memoria de las

reencarnaciones. Muchos de estos datos, verificados, se han obtenido de niños que recuerdan sus vidas pasadas. Pero se han obtenido muchos más datos de lo que se denominan regresiones a vidas pasadas, en las cuales las personas parecen recordar incidentes de vidas pasadas bajo hipnosis, en situaciones traumáticas, bajo el efecto de determinadas drogas o con otras técnicas especiales. (Si desea consultar una revisión acerca de este tema, véase Cranston y Williams, 1984.) Y gran parte de esos recuerdos recuperados se han podido corroborar. En muchos casos, la posibilidad de fraude ha quedado eliminada.

Pero lo más importante es que los datos sobre recuerdos de reencarnaciones no son los únicos de los que disponemos. Las experiencias cercanas a la muerte (es decir, las experiencias de personas que fueron traídas de vuelta desde una situación de muerte clínica) corroboran muy bien las descripciones de la realidad post mortem, al menos de algunas de sus fases, que se encuentran en los «libros de los muertos» de las culturas de la Antigüedad. (Para una revisión de libros de los muertos, véase Grof, 1994). Las personas que han pasado por experiencias cercanas a la muerte dan cuenta de haber estado fuera de su cuerpo, recorriendo un túnel que les llevaba hasta otro mundo, viendo a familiares tiempo ha fallecidos, a seres espirituales de luz, etc.

En las últimas décadas, la ciencia ha comenzado también una oportuna aunque inesperada reevaluación de la sabiduría antigua. En tanto que la tendencia general de la ciencia desde el siglo xvii ha sido la de evolucionar hacia un enfoque material, la ciencia de las últimas décadas del siglo xx ha comenzado a explorar el previamente marginado campo espiritual. En este libro, demostraré que este nuevo paradigma de la ciencia está en consonancia con ideas tales como Dios, el alma, el cielo, el infierno, el karma o la reencarnación; en definitiva, con toda la gama de temas espirituales.

Estas ideas son sumamente sutiles si se formulan y se comprenden adecuadamente, pero tenemos la tendencia condicionada a considerarlas de un modo tosco y materialista.⁶ Por ejemplo, la mayoría de

⁶ Utilizo la palabra «materialista» para designar a las personas que creen en la primacía de la materia, de que sólo la materia es real; a estas personas también se las llama «realistas materiales».

las personas ven el Cielo como un lugar que sigue un patrón similar al de la Tierra (no hay más que ver algunas de las representaciones que se han hecho en las películas de Hollywood). Las religiones populares suelen retratarlo de este modo, y caemos presa de ese modo de ver las cosas que teníamos en la infancia. Pero, evidentemente, el «otro mundo», si existe, debe de ser radicalmente diferente de éste.

La ciencia moderna apoya de un modo bastante convincente la idea de un mundo monista, la idea de que sólo existe una sustancia que constituye la realidad. Si existiera también un mundo dual de sustancia anímica, ¿cómo podría interactuar ese mundo con el mundo material? ¿Qué puede haber que medie en tal interacción? Evidentemente, ni la sustancia anímica ni la sustancia material pueden hacer de mediadoras. Por otra parte, ¿no implicaría esta interacción un intercambio de energías entre los dos mundos? Si fuera así, el libro mayor energético del mundo material mostraría de cuando en cuando un exceso o un déficit, cuando lo cierto es que esto no ocurre. Es una ley física que la energía del mundo material es una constante, la ley de conservación de la energía. De ahí que la sabiduría científica evite, como corresponde, el dualismo de la interacción (legado del filósofo René Descartes) en nuestra manera de ver la realidad; el dualismo y la ciencia son como el aceite y el agua: no hay manera de que se mezclen.

Así, la vieja ciencia de los últimos tres siglos nos enseñó que todos los fenómenos son fenómenos de cosas que están hechas de materia. Es un monismo basado en la idea de que la materia es el fundamento de todo ser. En cambio, el nuevo paradigma plantea un monismo basado en la primacía de la consciencia: que la consciencia (diversamente nombrada como Espíritu, Dios, Divinidad, Ain Sof, Tao, Brahmán, etc., en las tradiciones populares y espirituales), y no la materia, es el fundamento de todo ser; es un monismo basado en una consciencia que es unitiva y trascendente, pero que se hace múltiple en los seres sintientes, como nosotros. Nosotros somos esa consciencia. Todo el mundo de la experiencia, incluida la materia, es la manifestación material de las formas trascendentes de la consciencia.

La alegoría de la caverna de Platón deja clara la situación. Platón imaginó que la experiencia humana era como un espectáculo de som-

bras: estamos en una caverna, atados con correas a unas sillas, de modo que siempre estamos de cara a una pared donde la luz del exterior de la caverna proyecta las sombras de las formas arquetípicas ideales. Nosotros tomamos las sombras como si fueran la realidad, pero su origen está detrás de nosotros, en los arquetipos. Y, en última instancia, la luz es la única realidad, pues luz es todo cuanto vemos. En el monismo basado en la primacía de la consciencia, la consciencia es la luz de la caverna de Platón, los arquetipos constituyen la realidad trascendente y el espectáculo de sombras es la realidad inmanente.

Esta visión monista de la realidad, que yo llamo idealismo monista, es muy antigua, y constituye la base de todas las grandes tradiciones espirituales del mundo, que es el motivo por el cual se la denomina en ocasiones la filosofía perenne. En el cristianismo esotérico, el fundamento de todo ser recibe el nombre de Divinidad, el mundo de los arquetipos trascendentes es el Cielo y el mundo de la experiencia es la Tierra. En el pasado, la aceptación científica de este punto de vista era limitada porque los idealistas no podían explicar conceptos tales como la trascendencia y la autorreferencia (el cómo el uno se divide en un sujeto/yo que puede referirse a sí mismo y un objeto u objetos que están separados de él) en términos científicamente accesibles. El nuevo paradigma de una ciencia dentro de la consciencia, llamado a veces ciencia idealista, se inició cuando estos conceptos obtuvieron credibilidad científica. Esto ha sido tema de varios libros recientes, incluido el mío (Goswami, 1993; Herbert, 1993).

Se trata de un verdadero avance. El materialismo es pura metafísica, pues no existe forma de verificar objetivamente que todo, incluida la mente y la consciencia, surja de la materia. La filosofía perenne de antaño es lo que hoy podemos denominar metafísica experiencial, porque los grandes maestros espirituales de todas las tradiciones afirman haber visto directamente que el ser se fundamenta en una consciencia ilimitada, trascendente y unitiva. En cambio, el idealismo monista (es decir, la filosofía perenne en el nuevo contexto de la ciencia dentro de la consciencia) no sólo es metafísica experiencial, sino también metafísica experimental, dado que, al menos en parte, sus ideas metafísicas son verificables, no sólo en las experiencias del indi-

viduo, a nivel privado, sino también en los experimentos de la arena pública.⁷

Si usted creció en la cultura occidental, sumamente materialista todavía, es muy probable que su visión del mundo sea una amalgama extraña y confusa de materialismo (la supremacía de la materia) y de dualismo cartesiano de la interacción (el mundo espiritual es un mundo separado e independiente, hecho de una sustancia no material que, de algún modo, interactúa con el mundo material). No hace mucho, la gente intentaba demostrar la existencia del alma argumentando (de modo muy poco convincente) que el cuerpo humano pierde peso en el instante de morir, violando el principio de conservación de la energía.

Incluso los idealistas monistas declarados suelen caer en dicha alma dualista cartesiana cuando hablan de la muerte y la reencarnación. Hablan de establecer la validez de los fantasmas, de las apariciones, como objetos de la misma realidad física compartida, como una silla o un árbol. Yo veo una silla porque refleja la luz en mis ojos. Pero, ¿acaso un fantasma, si es un ser no material de otro mundo, emitiría una señal o reflejaría la luz de tal modo que mis sentidos lo detectarían? Obviamente, no. El desafío más importante para nuestra ciencia dentro de la consciencia consiste en refundir la discusión de los fenómenos relacionados con la muerte y la reencarnación desde la perspectiva monista. Y ése es el desafío que yo asumo en este libro. Si se han de utilizar conceptos dualistas, tenemos que encontrar explicaciones que no violen las leyes de la ciencia; tenemos que reconciliar estos conceptos dentro de una visión general monista. Y eso es lo que he sido capaz de lograr.

El alma y el cuanto

¿Qué es lo que sobrevive? ¿Reencarna lo que sobrevive de alguna manera que podamos llamar un continuo (nacimiento-muerte-renacimiento, etc.)? Durante un intenso período de investigación que duró

⁷ La expresión «metafísica experimental» la acuñó el filósofo Abner Shimony.

alrededor de un año, encontré mi respuesta. Existe un «alma» que sobrevive a la muerte del cuerpo físico, y que reencarna en otro cuerpo para formar un continuo. Sí, dicha alma tiene sentido en una ciencia basada en la consciencia, pero sólo si consideramos el alma en términos «cuánticos».

La situación es similar a la que tuvo lugar a finales del siglo XIX. Los físicos descubrieron que contemplar la materia y la luz desde el viejo punto de vista newtoniano (es decir, la materia siempre está localizada, se mueve en trayectorias bien definidas, y la luz es semejante a las ondas, dispersa, capaz de estar en más de un lugar al mismo tiempo) les generaba anomalías y paradojas. Descubrieron un nuevo modo de contemplar todo esto, de pensarlo: el modo cuántico.

La palabra «cuanto» significa «una cantidad discreta». Por ejemplo, un cuanto de luz, denominado fotón, es una cantidad de energía discreta e indivisible, un paquete localizado de energía. Reconocer que la luz dispone de una naturaleza de partícula localizada, además de su naturaleza más familiar de onda, y que la materia tiene una naturaleza de onda, además de su naturaleza más familiar de partícula localizada, eliminaba las anomalías y las paradojas a las que nos referíamos arriba.

Así, la importancia de la palabra «cuanto» va bastante más allá de su discreción. La dinámica cuántica da una potencia inesperada, casi mágica, a los objetos de los dominios submicroscópicos.

- ¿Qué significa decir que la materia es algo similar a una onda y que, por tanto, puede estar en más de un lugar a la vez? Si esto resulta paradójico, la paradoja se resuelve si nos damos cuenta de que las ondas de la materia son ondas de posibilidad (representadas técnicamente mediante funciones matemáticas denominadas funciones de onda); se encuentran en dos (o más) lugares a la vez sólo como posibilidad, sólo como superposición de las dos (o más) posibilidades.
- Los objetos cuánticos existen como superposición de posibilidades hasta que nuestra observación produce la actualidad a partir

de la potencialidad, un evento actual, real, localizado de entre los muchos eventos potenciales. Si una posibilidad en particular tiene una gran probabilidad de actualizarse a través de la observación, esa onda de posibilidad será por consiguiente fuerte; en tanto que la onda será débil cuando la probabilidad para su correspondiente posibilidad de actualizarse es pequeña.

Un ejemplo aclarará la situación. Suponga que liberamos un electrón en una habitación. En cuestión de unos momentos, la onda del electrón se propaga por toda la habitación. Y ahora suponga que ponemos en la habitación una rejilla de detectores de electrones, los conocidos contadores Geiger. ¿Registrarán señales todos los contadores Geiger? No. Sólo uno de ellos emitirá una señal. Conclusión: antes de la observación, el electrón se propaga por todo el espacio, pero sólo como onda de posibilidad. Y es la observación lo que produce el colapso de la onda de posibilidad en un acontecimiento real, actual.

- La mecánica cuántica es un cálculo de probabilidad que nos permite calcular la probabilidad de cada posibilidad que se admite en cada situación dinámica. La probabilidad engendra incertidumbre. Ya no podemos saber el paradero del objeto con toda certeza. El movimiento de los objetos cuánticos está envuelto en cierta incertidumbre.
- Antes de que la física cuántica se comprendiera adecuadamente, predominaba en la ciencia una metafísica materialista: las partículas elementales componen átomos, los átomos componen moléculas, las moléculas componen las células, entre las que están las neuronas, las neuronas componen el cerebro, y el cerebro crea la consciencia. Esta teoría de causación recibe el nombre de teoría de causación ascendente: la causa asciende desde las partículas elementales (micro) hasta el cerebro y la consciencia (macro). No existe un poder causal en ninguna entidad del mundo, salvo en las interacciones entre las partículas elementales.

Pero si los mismos seres humanos no somos nada salvo posibilidades materiales, ¿cómo puede nuestra observación colapsar las ondas de posibilidad? La interacción de posibilidad con posibilidad sólo engendra una posibilidad más compleja, pero nunca una actualidad. Así, si en el mundo sólo existiera la causación ascendente, el colapso cuántico sería una paradoja. En la interpretación libre de paradojas de la física cuántica, la causación ascendente sólo es capaz de producir ondas de posibilidad materiales entre las cuales elige la consciencia (que es no material), y la consciencia tiene el poder definitivo, lo que llamamos la causación descendente, para crear la realidad manifiesta eligiendo libremente entre las posibilidades que se le ofrecen. La consciencia ya no se ve como un epifenómeno del cerebro, sino como el fundamento de todo ser, en el cual todas las posibilidades materiales, incluido el cerebro, están arraigadas.

- Los objetos cuánticos pueden dar un salto discontinuo (ahora está aquí, y un instante después está allí). A tal salto se le denomina salto cuántico. Un átomo emite luz cuando un electrón da un salto cuántico desde un estado atómico energético superior hasta otro inferior. Usted puede apreciar la radicalidad de este salto cuántico si lo visualiza como que el electrón salta desde una órbita superior en torno al núcleo atómico hasta una órbita inferior sin recorrer el espacio que existe entre las órbitas.

En la misma vena, la causación descendente es discontinua en todos sus aspectos: en el aspecto causal (no podemos asignar una causa precisa para ello), en el aspecto mecánico (no podemos hacer un modelo mecánico de ello), algorítmicamente (no existen matemáticas para ello) y lógicamente (su lógica es circular: el observador es esencial para que el colapso tenga lugar, pero el observador es sólo posibilidad antes de que el colapso tenga lugar).⁸

8 Si le resulta difícil visualizar una onda en el cerebro, aunque sea una onda de posibilidad, «porque las ondas viajan», dese cuenta de que las ondas en un espacio confinado son ondas permanentes; es decir, que «ondean» mientras permanecen en el mismo lugar, como en un instrumento musical.

- Se ha comprobado experimentalmente que, cuando los objetos cuánticos se vinculan adecuadamente, se influyen mutuamente de forma no-local, es decir, sin la mediación de señales a través del espacio y sin utilizar un tiempo finito. Así, los objetos cuánticos vinculados deben de estar interconectados en unos dominios que trascienden el espacio y el tiempo. No-localidad implica trascendencia, de donde se sigue que todas las ondas cuánticas de posibilidad residen en unos dominios que trascienden el espacio y el tiempo; los denominaremos «dominios de la potencia trascendente» (potencia en el sentido de potencialidad), por utilizar el término de Aristóteles que adoptara Werner Heisenberg.

Y no piense que la posibilidad es menos real que la actualidad; puede que incluso sea al revés. Lo que es potencial puede ser más real que lo que es manifiesto porque la potencia existe en un dominio intemporal, en tanto que cualquier actualidad es meramente efímera: existe en el tiempo. Así es como piensan los orientales, como piensan los místicos de todo el mundo, y también el modo en que piensan los físicos que tienen en cuenta el mensaje de la física cuántica.

¿Acaso la «magia» cuántica (estar en dos lugares al mismo tiempo, la causación descendente, los saltos cuánticos y las conexiones no-locales), que es tan potente y tan clara en la esfera submicroscópica, se extiende hasta el macromundo de nuestra experiencia? En tiempos recientes, se ha puesto sobre la mesa la perturbadora idea de que el cerebro humano lleva a cabo un proceso cuántico cada vez que se da una observación, es decir, cada vez que se hace una medida cuántica. El cerebro responde a un estímulo ofreciendo todo un fondo de posibilidades cuánticas macroscópicamente distinguibles (una onda de posibilidad), una de las cuales se precipita como acontecimiento de la experiencia cuando la consciencia lo elige.⁹

⁹ Los procesos cuánticos del cerebro los han investigado muchos autores, entre ellos: Walker (1970), Bass (1975), Stuart, Takahashy y Umezawa (1978), Stapp (1982, 1993), Wolf (1984), Goswami (1989, 1990, 1993), Herbert (1993) y Eccles (1994).

Puede que usted vea ya una parte de la metáfora que se presenta aquí acerca de la física cuántica del alma. En tanto que el cuerpo físico, mientras tiene vida, representa posibilidades que deben manifestarse siempre como una estructura localizada que tiene un comienzo finito y un final finito, el alma representa posibilidades y potencia sin una estructura localizada en la manifestación. Como potencia trascendente, sin la fijeza de la manifestación local en el tiempo y en el espacio, transmigra (es decir, se experimenta no-localmente) de una encarnación en una ubicación y tiempo determinados a otra en un diferente punto del espacio y el tiempo.

El concepto de alma arroja sus paradojas cartesianas dualistas, como podrá ver, cuando le imbuimos de la dinámica cuántica y de la causación descendente; y la dinámica cuántica proporciona también una inesperada potencia que nos permite ver la validez de las enseñanzas esotéricas y explicar los datos anómalos. Evidentemente, tenemos también la importante cuestión de cómo el alma, en tanto que posibilidades cuánticas sin estructura, recuerda acumulativamente cada una de sus experiencias vitales, de sus encarnaciones individualizadas; pero no se preocupe, ésta es una cuestión que he podido resolver, y la respuesta constituye una parte importante de este libro.

En el *Bhagavad Gita*, Krishna le dice a Arjuna: «Tanto tú como yo hemos reencarnado muchas veces antes. Y no te recuerdo». En la India, los sabios dicen que la liberación devuelve la memoria de las encarnaciones pasadas y destierra el miedo a la muerte. Pero este modo de abordar el miedo a la muerte es arduo, y muy pocas personas en una época determinada pueden acceder a él.

Yo creo que una ciencia de la reencarnación, firmemente asentada y arraigada en las ideas de la transmigración del alma dentro de una nueva dinámica cuántica que resulte convincente y satisfactoria, reducirá el miedo a la muerte en el ser humano. La muerte se aceptará entonces como parte de la vida, y no intentaremos negarla frenéticamente. El descubrimiento de ese significado en el fenómeno de la muerte traerá pleno sentido a nuestra exploración de la vida. Y, a medida que seamos capaces de vivir, veremos la muerte como un almacén para una oportunidad creativa, un paso necesario para una renovación de la vida.